

Cristo: ¿una fábula?

Maurizio Blondet

27/02/2005



«Si no ha resucitado, nosotros somos los más desgraciados de los hombres»; Caravaggio, «Crucifixión de San Pedro». (1600)

Varios lectores me señalan que un cierto Luigi Cascioli, en internet, proclama que Cristo «*nunca ha existido y que se puede demostrar de forma irrefutable*».

Algunos, después de leerlo, dudan de la historicidad de Jesucristo; y me preguntan qué pienso de ello.

Pienso, tristemente, que incluso el laicismo está tocado por la regresión cultural que nos afecta a todos.

Los argumentos del tal Cascioli, que se autodefine «famoso historiador», estaban en boga entre ciertos farmacéuticos masones de provincia del siglo XIX. Superados y marchitos.

El hecho de que puedan ser propuestos hoy como nuevos y que puedan sacudir la fe de algunos, revela cuánto sea gran-

de la ignorancia que nos inunda cada vez más; estamos retrocediendo todos: laicistas y creyentes.

Lo malo es que el saber ya no se transmite, si no entre especialistas.

Por eso aconsejo a los lectores desorientados que lean «*Hipótesis sobre Jesús*» de Vittorio Messori: a su tiempo ha sido un best-seller mundial, evidentemente desconocido por la última generación.

Pienso también en los ambientes «científicos» y «eclesiásticos» que a menudo, incluso en las universidades católicas, han aceptado y difundido la feroz hipercrítica de los textos evangélicos (y de los Hechos de los Apóstoles) inaugurada por un historicismo de cuño hegeliano-protestante.

Admitiendo que a fin de cuentas lo que sabemos de Cristo no fuera más que la creación (invención) de la «comunidad primitiva», cuya «fe» hubiera inventado la resurrección y todo lo demás; y que hubiera llevado a una redacción de los Evangelios en época tardía, un siglo o dos después de Cristo, con manipulaciones de la «reflexión teológica» de la «comunidad», **esta hipercrítica destructiva**, hay que notarlo, **se hace sólo de los textos cristianos**.

Si se aplicase a otros casos, podría hacernos dudar de la historicidad de personajes como –por ejemplo– *Tiberio* y *Cayo Gracco*.

De estos dos hermanos, los fundadores de la «izquierda romana» (el partido de los «populares», del que formaron parte *Catilina* y *Julio César*) no tenemos en el fondo más que testimonios indirectos: escritores que hablan de ellos. Y todos esos testimonios son «interesados», para alabarlos o para denigrarlos. Pero la crítica histórica es capaz de extrapolar de esos textos la parte de autenticidad sobre los *Graccos*. Y ningún historiador liquida el asunto diciendo que los *Graccos* son una invención colectiva de la anónima «comunidad romana», sino que van a buscar confirmaciones, incluso indirectas, si no en documentos, en monumentos: epígrafes y demás.

De nosotros, los cristianos, se consiente por el contrario un método curioso:

Los pasajes en que el hebreo Flavio Josefo habla de los cristianos son «sin duda» interpolaciones introducidas siglos después en el texto por la Iglesia; las frases de Tácito sobre el movimiento cristiano («*exitialis superstitio*»), serían otra interpolación. Los pasajes de los Evangelios en que Cristo profetiza la destrucción de Jerusalén serían «la prueba» de que los Evangelios se escribieron después del año 72 después de Cristo, porque «*no pueden ser sino profecías hechas después de que sucedieran los hechos*».

Es decir, que **los primeros cristianos habrían sido falsarios sin escrúpulos, dispuestos a hacerle decir a su maestro cualquier falsa profecía y patraña. Y eso lo dicen teólogos e historiadores católicos.**

O mejor dicho, lo decían. Porque otros estudios recientes, especialmente en el ambiente de la historiadora Marta Sordi (pero se puede dudar de ella, porque es creyente), han puesto la presencia de Cristo en un indudable contexto histórico.

Un ejemplo: el emperador Tiberio, que reinó del 14 al 37 después de Cristo, propuso darle al movimiento cristiano el estatuto de «*religio licita*» (religión reconocida): y eso fue en el 35 después de Cristo, ¡cuando Jesús había sido crucificado poco antes! Evidentemente Tiberio estaba bien informado sobre el movimiento recién nacido y sobre su crecimiento impetuoso, gracias a los informes de sus procónsules (tal vez el mismo Pilato), y en él veía una evolución del judaísmo más benigna, siendo los judíos la más insubordinada y sediciosa de las comunidades sometidas, la más ingobernable.

Fue el Senado, por despecho –pues la admisión de nuevos cultos era una prerrogativa suya– el que rechazó la propuesta de Tiberio. Por el contrario, decretó «*non licet esse christianos*» (“No es lícito ser cristiano”). Un decreto de ley («*senatusconsultus*») que después fue el fundamento de las futuras persecuciones. Tiberio no pudo hacer –como hoy haría el presidente de los Estados Unidos– más que poner el veto al fatal senatoconsulto. Suspendiendo su aplicación mientras él viviera.

Y eso explica la misteriosa frase sobre el «obstáculo», el «*katechon*» del que Pablo escribe en la segunda carta a los Tesalonicenses: ya sabeis, dice a sus fieles, que el Anticristo está entre nosotros, pero hay «*algo que lo detiene*». Ya os lo he dicho de palabra. Pero cuando «eso que lo detiene» («*katechon*») sea quitado de enmedio, entonces se desatará la persecución. Ahora, los historiadores ven en esto **una alusión al veto de Tiberio**, una cosa de la que Pablo hablaba en privado, pero no abiertamente.

¿Pero cómo lo sabía, Pablo? En los Hechos de los Apóstoles (18, 12-17) se lee cómo Pablo en Corinto fue llevado por los judíos ante Galión, procónsul de Acaya, acusándolo de enseñar cosas «*contrarias a la ley*» hebrea. Galión liquida el asunto diciendo: son cosas de vuestra ley, un asunto vuestro. Y declara a Pablo no castigable.

Pues bien, ¿quién era Galión? El hermano de Séneca, el filósofo estoico. El cual, en aquellos años, siendo tutor y educador de Nerón cuando aún era niño, era de hecho el jefe del gobierno central romano. Un personaje potentísimo, el regente.

Ahora, es más que posible que Pablo –que seguía siendo hebreo de carácter, o sea hábil en maniobrar y político fino – le haya pedido a Galión, tan bien dispuesto, una carta de presentación a su potentísimo hermano. Y que, una vez en Roma (era prisionero; él mismo había apelado al juicio imperial, por así decir, a la Casación) haya efectivamente tomado contacto con Séneca en el 56-58 después de Cristo. Existen de hecho algunas cartas en latín, un intercambio de correspondencia entre Pablo y Séneca. Tales cartas han sido consideradas (por la hipercrítica de siempre) como apócrifas: “un documento falso elaborado por un desconocido falsario cristiano del cuarto o quinto siglo”. También porque los dos –el prisionero hebreo y el jefe del gobierno imperial– parecen tener una familiaridad inconcebible, relaciones de auténtica amistad... Sólo que una alumna de Marta Sordi ha notado en este «falso» algunos detalles cruciales.

Séneca, en esas cartas, advierte a Pablo que tiene un potente enemigo en la corte de Nerón. Hay una «señora» («*domina*») que nutre hostilidad («*indignatio*») porque Pablo se ha alejado de la fe de los Fariseos. Pero no dice su nombre, por prudencia. Hoy sabemos que esa *dómina* era Poppea, la mujer del joven Nerón. Y sabemos que Poppea era «judaizante», rodeada e influenciada por judíos (la conocida *lobby* ya existía, en torno a los máximos vértices del poder) y que hizo que se le hiciera un funeral hebreo.

Pero este detalle no podía saberlo el supuesto falsario, que habría escrito esas cartas tres siglos más tarde.

En el mundo romano, además, los potentes, cuanto más potentes eran, consideraban una cuestión de prestigio y de amor propio ser «accesibles» a postulantes de todo tipo: cada

mañana, en la antesala de cada personaje importante, se amontonaban decenas de personas de rango inferior, para pedir dinero, ayudas y recomendaciones (ya era Italia). Se trata de la bien conocida institución romana de la «clientela».

Pablo se habrá presentado una mañana entre los *clientes*, haciéndose escuchar y estimar por el filósofo-*premier*. Es verosímil que Séneca, como estoico, haya visto en la doctrina de Pablo una forma particularmente austera de estoicismo y que haya simpatizado. Las cosas cambiaron de golpe cuando Nerón tomó el poder. Tras obligar a Séneca a suicidarse, el joven emperador proclamó –contra el estilo de gobierno austero de Séneca– que su reinado había de estar dedicado a la «*laetitia*»: o sea que habría sido un gobierno “alegre”, lo que quería decir abierto a los cultos orientales, a las orgías, a la homosexualidad y a otras “alegrías”. Para los cristianos fue la primera persecución. El «*katechon*» había sido quitado de enmedio. Pablo fue ejecutado entonces, así como Pedro, que estaba también en Roma.

Hay más; existe en Ostia un epígrafe del primer siglo, en el que un cierto Anneo Paulo llora la muerte de su hijo, que se llamaba Anneo Paulus Petrus. Ahora bien, el apellido de Séneca era «*Anneo*». ¿Quién era este Anneo del epígrafe, tan cristiano que le dió a su hijo el nombre de los dos apóstoles, Pedro y Pablo? ¿Un pariente directo de Séneca? No sabemos; tal vez, sólo un liberto, que en el momento de su liberación tomó por gratitud el nombre del dueño-liberador, y se quedó formando parte de su «familia», entendida como «contorno».

En todo caso, nos permite adivinar lo que habrá hecho Pablo, habiendo entrado él mismo en la «clientela» de Séneca: habrá convertido a más no poder a clientes y «familiares» del filósofo y amigo. Quien intuye el carácter de Pablo, su iniciativa, no puede dudar de ello.

Desde luego, todo eso no nos garantiza «directamente» la historicidad de Jesús. Pero dice todo sobre la realidad del movimiento que se inspiraba en Él, y sobre su crecimiento pocos decenios después de su crucifixión. El contexto histórico no deja lugar a dudas.

Por eso, la crítica laicista más puesta al día (y también la «teológica») ya no dice, como hace ese tal Cascioli, que Jesús no ha existido. **Lo que hace es poner en duda Su mensaje, transmitido por los Evangelios: ¿hasta qué punto Jesús creía ser el Hijo de Dios? ¿Proclamó de verdad por su propia boca que era el Mesías, o es algo inventado por la primera comunidad?**

Los presuntos milagros de Jesús habrían sido «seguramente» una invención de dicha comunidad (pues no existen milagros, está claro); por lo tanto también las palabras de Jesús serían inventadas...

Pues bien, **tratemos de imaginar semejante comunidad.** Todos hebreos, que vivían entre los hebreos. De baja condición social, gente simple y sin cultura como Pedro. Algunos, incluso celotes y fanáticos judíos.

¿Por qué habrían tenido que inventarse un mensaje y un mesías que prácticamente los llevaba no sólo a chocar, sino que los excluía de la comunidad judía de la que apasionadamente formaban parte? ¿Y que encima habría podido desmentirlos, ya que muchedumbres enteras habían oído hablar a Jesús?

Es más, tenemos indicios precisos del escrúpulo con que los Evangelios refieren la realidad histórica, por más que fuera extraordinaria, como la vivieron los testigos oculares. Por ejemplo, los cuatro Evangelios cuentan la negación de Pedro, cuando aquella fría noche en el patio de Caifas, por miedo negó a Cristo.

En Evangelio de Marcos, como dice la tradición, refiere en concreto la predicación directa de Pedro: lo que el primer Pontífice, pobre pescadore, contaba con vergüenza y dolor cuando predicaba. Su caída, sus lágrimas amargas por culpa de su debilidad. La confesión de aquel hombre humilde que era (Jesús lo escogió como «*piedra*» precisamente por su humildad). Y todo tan auténtico, tan vivo; los Evangelios tienen este carácter único: la vivacidad fresca de la narración; ningún otro texto antiguo es así.

Incluso los más vivos –como son las cartas de Cicerón, las memorias de César– se presentan como obras «pensadas», examinadas y corregidas por sus autores. En cierto modo son como fotografías de Cicerón y de César «en pose», con la toga cuidadosamente arreglada, en un estudio fotográfico.

El Evangelio, único, es una serie de «instantaneas»: el resultado de apuntes sin duda taquigráficos de las palabras de Jesús, **en torno al cual debía haber sin duda taquígrafos que apuntaban las palabras «en directo», sin intermediarios.** A veces incluso sin comprender del todo el sentido de esas palabras, de esas acciones.

¿Y esos serían falsarios sin escrúpulos? ¿Los inventores de las palabras de Jesús?

¿Inventores de su resurrección, algo absolutamente increíble al buen sentido?

El mismo Pablo dice: *si no ha resucitado, nosotros somos los más desgraciados de los hombres, porque –sobreentendido– creemos a una fábula y perdemos el alma por creerlo.*

Esto último me permite aclarar un punto esencial, nunca puesto de relieve.

Nuestra fe, de nosotros los católicos, no es sólo la fe en Dios. Esa la tenían también los fariseos hostiles a Jesús. Y ni siquiera, *de forma directa*, es la fe en que Jesús sea el Hijo de Dios y el Mesías.

Esta fe nuestra, de hecho, llega a nosotros de *un modo indirecto*: **de los testimonios de los apóstoles que vivieron a su lado hace dos mil años.** Lo específico de la fe católica es dar fe a las palabras de los testigos oculares de Jesús y de su vida.

Y aquí ya oigo las protestas laicistas y las otras: ¿entonces tenemos fe en los hombres? «Maldito el hombre que confía en el hombre», dice la Biblia. Y en efecto, la fe en testigos humanos parece muy poco fundada. En realidad, también los laicos emplean todos los días este tipo de fe. Creen lo que dicen los periodistas en la televisión (y hasta demasiado). Los científicos creen lo que han dicho otros científicos precedentes, sin tener que repetir cada vez los mismos experimentos. Creyendo en los testimonios (Cristóbal Colón y Magallanes) creemos que la tierra sea redonda, aunque la veamos llana.

Los hijos creen a sus padres; los alumnos a sus maestros; los jueces en los tribunales examinan e interrogan a testigos de los hechos: quiere decir que están dispuestos a creer.

El único problema es: **¿es creíble el testigo? ¿Tiene algún motivo para mentir? ¿Es una persona sincera?** ¿Ha visto mal el accidente o el homicidio? Hay un margen de incertidumbre en los testimonios. Lo cual no les impide a los jueces alcanzar una certeza plausible y dar sentencias.

También nosotros, los católicos, tenemos el mismo problema. Y lo tendremos siempre, ineliminable.

¿Podemos creer a Pedro, a Juan, a Lucas? Seguramente podrá decirnos algo su vida. Pedro se dejó crucificar por sostener que Jesús era el Hijo de Dios. Y cabeza abajo, porque no se consideraba digno de imitar su Maestro en el suplicio. ¿Era uno que mentía? ¿O un iluso? Entonces lo somos todos.

Maurizio Blondet

Copyright © - EFFEDIEFFE - all rights reserved.